

La casa de la suerte

Guadalupe Payán Araiza

Era diciembre de 1976. La fiesta de fin de año estaba en su apogeo: música, tamales, buñuelos, ponches, bebidas y la alegría de varias familias que se habían congregado a festejar el cierre de ese año y la apertura del nuevo.

Vicente, un hombre de apenas 40 años que por herencia ya tenía su cabeza casi cubierta de canas, estaba un tanto apartado observando el desarrollo de la fiesta. Las convivencias sociales no eran su fuerte, procuraba evadirlas lo más posible; ese día decidió asistir con María, su esposa, y sus siete hijos por invitación de su cuñado Lázaro, a quien le tenían un gran aprecio.

Empezó a reflexionar sobre las dificultades vividas durante el año que terminaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió de inmediato un nudo en la garganta. Tal vez hubiera querido soltar el llanto para desahogar su dolor, pero no era el momento ni el lugar adecuado para hacerlo. Recordó el reciente fallecimiento de su madre a causa de un cáncer; lo que más le dolía era no haberla alcanzado con vida. Justamente murió cuando él venía en carretera de Ciudad Juárez, después de haber sido liberado del CERESO, en donde estuvo recluido injustamente durante dos meses por no haber aceptado entregar la mordida que los aduanales le pedían por pasar los accesorios de billar para uno de sus negocios. Estaba sumido en sus pensamientos cuando de pronto una voz entre el bullicio lo regresó a la realidad:

—¡Tío, tío! Ya sortearon el premio mayor de fin de año; cheque sus boletos, se me hace que le pegó al gordo —dijo emocionado su sobrino Chendo, quien lo ayudaba en sus negocios.

Vicente, sin perder la cordura que le caracterizaba, se levantó discretamente y acompañado del sobrino se trasladó a su casa

para verificar el número de los billetes de lotería que había adquirido días antes.

Era cierto: tenía el número premiado. No podía creer que, después de vivir una etapa tan difícil, el Año Nuevo le ofrecía una posibilidad de logros y éxitos. Contento, su sobrino le dijo:

—Ya ve tío, Dios aprieta pero no ahorca.



Emocionados se regresaron a la fiesta e hicieron partícipe de la noticia a toda la concurrencia, lo que hizo la reunión aún más emotiva.

Meses después, Vicente decidió rentar una casa mejor para su familia, mientras encontraba una a su gusto para comprarla. También adquirió un buen carro. Tenía la oportunidad de tener otro nivel de vida. A pesar de haber cursado únicamente la educación primaria, era un hombre muy inteligente, de espíritu empresarial; poseía varios negocios de tortillería y uno de los billares más grandes de la ciudad de Chihuahua en ese tiempo.

Todos los días Vicente hacía un recorrido en su carro por diversos sectores para distribuir las tortillas y ponerlas a la venta. En una ocasión vio una casa que estaba en venta y, para su sorpresa, era aquella que le gustaba desde niño, ubicada en el centro de la ciudad; una casa donde tiempo atrás vivió su tío político, a quien visitaba de vez en cuando. El tío tenía la costumbre de darle dinero para sus gastos al despedirlo, pues sabía que Vicente vivía con muchas carencias.

Se acercó y se dispuso a pedir información sobre el precio de la casa; ya estando ahí solicitó verla. La recorrió sin prisa, mientras respiraba profundamente conteniendo una emoción que solo él sabría describir; reconoció hasta el último rincón.

La casa era muy grande: en la planta baja, a la entrada, había un recibidor con un ventanal precioso al frente; la sala y el comedor eran muy amplios y estaban decorados al estilo *art nouveau*; tenía una gran cocina integral color amarillo; había una biblioteca con grandes libreros para albergar la sabiduría; la recámara matrimonial, también estilo *art nouveau*, tenía su baño independiente; además contaba con un medio baño para las



visitas, el cuarto de lavar que en este tipo de casas nunca falta, un patio, dos cuartos de servicio con su baño y la cochera para tres autos. En la planta alta había cuatro recámaras, un baño rosa con una tina preciosa y una ventana muy original, dos terrazas y un cuarto multiusos.

—¿Será posible que pueda ser mía? —se preguntó Vicente para sus adentros.

Lo comentó con María, su esposa, a quien le encantó la idea, por lo que decidieron comprarla. De inmediato se apalabraron con la dueña, hicieron el trato y compraron *“La casa de la suerte”*. Sí, de la suerte, porque la pagó con el premio de la lotería y por tener la fortuna de que estuviera a la venta en el momento que podía comprarla.

Para inaugurarla, organizaron una gran fiesta con motivo de los XV años de Clarita, una de sus hijas. Posteriormente la habitaron: Vicente, María su esposa y cinco de sus siete hijos, pues las dos hijas mayores estaban ya casadas y vivían aparte.

Al poco tiempo la casa fue escenario de una solemne ceremonia: pedían la mano de Lupita, su tercera hija, quien meses después contrajo matrimonio. Así la familia, incluyendo sus nietos, vivió momentos inolvidables en esa casa, donde se siguieron festejando bodas, XV años, cumpleaños, piñatas, bautizos, primeras comuniones, graduaciones, navidades y años nuevos. Cada festejo dejó una huella, una historia, un recuerdo en la familia.

Vicente, mi padre, la disfrutó once años, pues en el mes de enero de 1988, el ángel blanco lleno de escarcha llamado invierno, lo acompañó en su transición. Tuvo una muerte tranquila.

Los hijos fuimos haciendo nuestra vida. María, mi madre, se fue quedando casi sola en esa casa tan grande, por lo que decidió cambiarse a una más pequeña y en 1999 vendió *“La casa de la suerte”*, de la que sólo quedaron grandes recuerdos.